

NUBES ROJIZAS

Heberto de Sysmo

Ilustraciones de
Enriqueta Hueso
Prólogo de
Félix Arce Araiz



UNARIA

NUBES ROJIZAS

Heberto de Sysmo

Ilustraciones de
Enriqueta Hueso
Prólogo de
Félix Arce Araiz





Primera edición abril 2019

Textos: Heberto de Sysmo

Ilustraciones: Enriqueta Hueso

Diseño: Akane Studio

Edita: Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN: 978-84-949601-7-8

Depósito legal: CS 431-2019

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

«Jamás desesperes,
aún estando en las más sombrías aflicciones,
pues de las nubes oscuras cae agua limpia y fecunda».
(Proverbio chino)

«Tanto en plena naturaleza como en el corazón de una metrópoli,
las nubes siempre están y nos recuerdan
con su gracilidad, liquidez y equidistancia,
que nunca dejaremos de ser agua».
(Anónimo)

Prólogo

Nubes rojizas, y un cernícalo que se asusta mientras bebe agua. Nada más. Yo no sé escribir prólogos, lo siento. Pero puedo escuchar. Sin más. El silencio que no se nombra en este *haiku*, roto por ese «algo», y que impregna el rojizo plumaje del cernícalo, las nubes.

«El silencio es el original, la palabra es la copia». (Joan Brossa)

Invito a todo lector que tenga ahora mismo este libro en sus manos y que lea esto a escuchar, solo eso, a guardar silencio en el silencio de estos *haikus*. A dejarse impregnar por él, sin prejuicios, sin pretensiones, hasta vislumbrar sin querer el origen rojizo de las cosas.

«De lo sagrado y lo humano», «De lo urbano y lo eterno», Las dos partes sobre las que se articula el libro contraponen, y relacionan, los dos ámbitos en los que se desarrolla la vida humana: La naturaleza, sagrada y emanante de lo sagrado para la cultura tradicional japonesa, y lo urbano, espacio humano por antonomasia, más en la actualidad.

Quizás es en la Naturaleza donde reside la verdadera naturaleza de lo humano: el temporero que varea el olivo, los labra-

dores que trabajan y cantan al mismo tiempo... una llamada, el reflejo de las nubes sobre una charca...

Quizás la nostalgia del origen, de lo que fuimos en lo salvaje se conmueve como un niño que ve resbalar al caracol que ascendía un muro tras la llovizna. O la araña que se movía «sola» acarreada por las hormigas.

El silencio es siempre sincero. Como los niños pequeños. El silencio de la presencia, no de la ausencia. Aunque lo que se manifieste ante nosotros nos rompa el corazón. Ese viento que mece a un perro ahorcado... El silencio del bosque acoge también al silencio del *haijin*. Callamos...

Lo que nos hace humanos, y lo que no. El *haijin* es un ser aún por hacer, como el alma todavía de agua de un niño.

Acaricio a mi madre y deja de temblar. Y afuera, la niebla envuelve el jardín. Nada más.

Cuando en el silencio del origen, de todos los comienzos, el *haijin* se hace líquido y transparente, agua en el agua, así, sin pretenderlo siquiera, algo en el fondo de su corazón sabe que no está solo en el mundo. Algo que no entendemos, algo bueno y tranquilo que aguarda.

La ola que trae de nuevo la misma concha una mañana de estío.

Autor y lector de *haiku* dejan de ser autor y lector en cada *haiku*. Confianza. Autor y lector escuchan y callan, cada uno en su momento, ante un mundo que siempre nos llama con su presencia.

Es tan cansado ser copia de uno mismo... Es tan agotador estar sin estar, ser sin ser... Hablar...

¿Por qué no ceder al silencio sanador de las montañas? ¿A la invitación del viento?

Querido Heberto, ha sido fácil. Ha sido muy sencillo guardar silencio en el viento de la tarde, mientras los gatos se lamen y pelean sin saber por qué, o buscar lo que busca un perro bajo la lluvia, sin molestarse en buscar refugio.

Gracias, gracias de verdad.

Sin más. Lectores de *haiku*, *hajines*, humanos de corazón inquieto, amigos que no saben escribir prólogos, todos nosotros haciéndonos nadie mirando a la araña tejiendo en un rincón del zaguán.

Nadie. Nada. Incluso todos, todas las nadas, todos los na-

dies, se hacen presencia en el silencio del *haiku*.

Como una golondrina que aparece volando un instante en nuestra vida para desaparecer en la niebla un momento después.

Somos nada. Pero no estamos solos. Y cada *haiku* nos lo recuerda.

Algo bueno, luminoso, habita nuestro corazón. Misterioso y tímido. Que no sabe y calla. Que aguarda y escucha. Un poco asustado a veces. Libre. Como un cernícalo que bebe agua bajo las nubes rojizas.

Félix Arce Araiz



De lo sagrado y lo humano

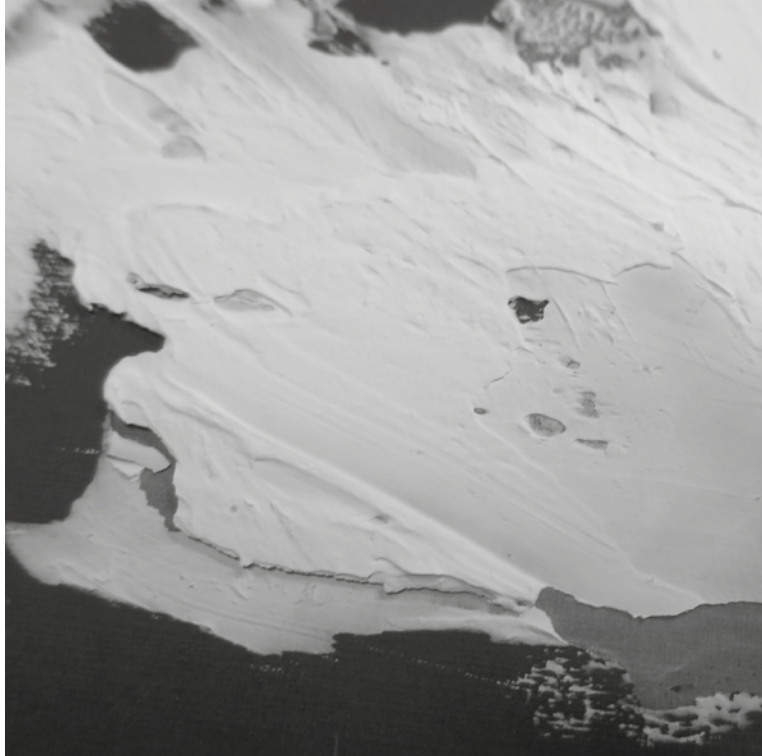
Algo presagia en la danza de la llama su impredecible pulso, la libertad de un ser que vive en su ostensible forma de arder y de quemar, de ser la transición a la ceniza de cuerpos que devora. La gratitud del agua estancada en depresiones de tierra florece cada día racimos y criaturas. El viento es su aliado, su irrefrenable fuerza, a veces, solo justa para arrancar la última esquirla de una hoja seca, levanta columnas de polvo, hace vibrar los árboles, modela su lenguaje a la morfología de una tierra horadada por el daño. En la tierra, los fuegos, las aguas y los vientos encuentran el hogar, también nosotros; de múltiples maneras —casi siempre en silencio— la naturaleza nos brinda hondos mensajes y esa gracia que anida en cada uno nos hace estremecer de vez en cuando. Escucharlos es reconocer que parte de su luz está en nosotros.

●

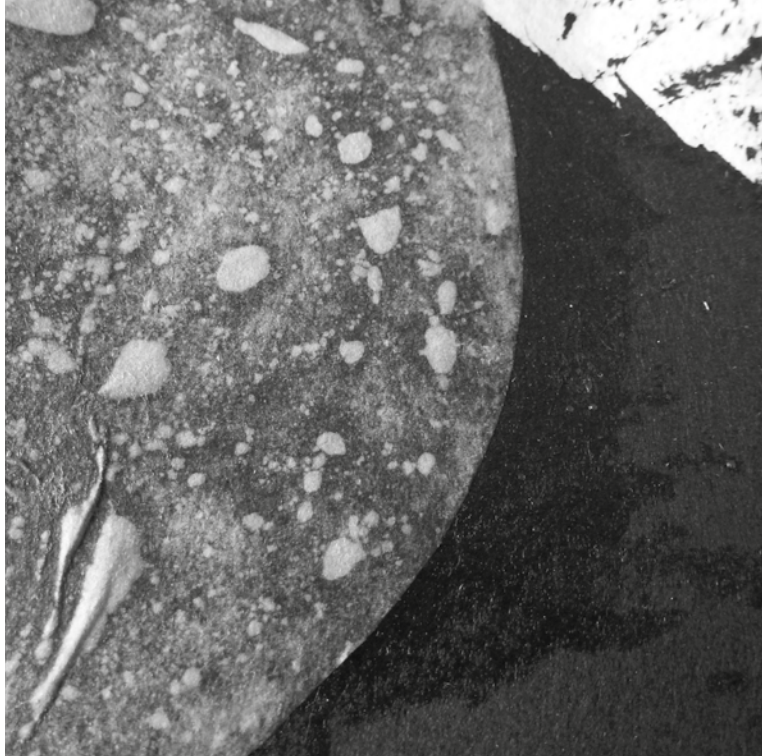
jardín nublado.
Acaricio a mi madre
y deja de temblar



últimas nieves;
al amanecer deshiela,
vuelve a verse el camino



tras la llovizna,
un caracol subiendo el
muro ¡resbala!



●

marea baja,
un cangrejo no encuentra
cómo volver



canta un martinete.
En la era, dos avefrías
siguen jugando

